

El perseguidor de mujeres.

Es un caballero muy feo.

Si no os atreveis á admitir que es un pillastre, será únicamente porque creéis que es un necio, aunque la verdad es que el uno de los calificativos no excluye al otro.

Así como Afrodita nació de la blanca espuma del mar fenicio, el hombre que sigue á las mujeres, nació de la espuma de los arroyos parisienses.

Comparte con la mujer que sigue á los hombres, el imperio de las aceras.

El caballero que sigue á las mujeres, no vale mucho mas que la mujer que sigue á los caballeros.

A todo rigor pueden descubrirse en el arsenal de las capitulaciones de conciencia, circunstancias atenuantes en favor de la mujer que sigue á los hombres; pero no se halla ninguna en provecho del estúpido personaje que sigue á las mujeres.

Lo que hace salir al lobo del bosque, no es el hambre, como á las lobas, es la necesidad de ser bestia: es un apetito de grosería insaciable, una especie de cobardía inestinguible.

La mujer que sigue á los hombres, tiene filosóficamente considerada un valor; es un medio de seguridad, un derivativo, una mercancía cuya alza y baja es protegida por la policía.

Hace vivir á los empleados de la prefectura, á quienes se ha dado por misión redactar su fotografía. El gobierno, paternal siempre, encarga á sus médicos higienistas que informen muchas veces al mes, acerca del estado de su salud. Asegura el pan á todo un personal de directores de cárceles, guardianes y calaboceros, que sin ella, se verían obligados á ganarse la vida de otra manera. Los agentes de cualquier grado que sean, le deben en la ancianidad, un cómodo retiro; y finalmente, si

bien mata á mucha gente, al menos hace vivir también á muchos.

Pero el hombre que persigue á las mujeres, ¿para qué sirve? ¿Cuál es su papel en la sociedad?

Y nótese que no se contenta con ser cobarde y malhechor, sino que es bestia al mismo tiempo.

Un sencillísimo razonamiento debería detenerle en su carrera, si no fuese el mas vulgar de todos los perdidos.

Por mas que los sábios se reúnan en academias, durante siglos y siglos, para redactar una clasificación concisa y lógica de la especie-mujer, les desafiamos á que encuentren una, preferible á la siguiente:

Las mujeres se dividen en dos clases distintas.

A saber:

Las mujeres que son honradas.

Las mujeres que no lo son.

Pues bien, el caballero (por decirlo así), que sigue á las mujeres, ni ha sido, ni es, ni será otra cosa que un necio, bien se dirija á la primera, bien ataque á la segunda de estas dos categorías.

Si la mujer es honrada, el animal que sigue á las mujeres no tiene nada que esperar de ella. Comete platónicamente una mala acción: hace el mal «por tu honor» como dicen las mujeres que siguen á los hombres.

Si la mujer no es honrada, la caza que ha levantado y cogido estaba ya pasada de nacimiento y no valía seguramente el tiro desperdiciado en ella.

Tanto en uno como en otro caso ¿para qué sirve ese duo de acera?

Por otra parte, las mujeres, sienten todas el mas profundo y legítimo desprecio hácia el hombre que las sigue en la calle.

El hombre distinguido, el hombre inteligente, el hombre de corazón, el hombre que se respeta, el que ama, el que es

digno de ser amado, y hasta descendiendo al último escalon de las consideraciones sociales, añadiré: el hombre que tiene dinero para gastar, no siguen nunca á las mujeres, en la calle.

El hombre que esto hace, no es mas que un fruto, seco, del amor, que espulsado de todos los exámenes, de todos los certámenes de ternura y dignidad, se ve reducido á hacer el oso desempedrando las calles.

Ninguna mujer se halla al abrigo de sus persecuciones. Todas las flores tienen su gusano.

Esté malhechor, intenta la aventura, sin temor á humillar, á ser molesto, á hacer sufrir, á comprometer á una honrada persona, de la cual nada tiene que esperar.

Seguir á una mujer es siempre una insolencia; es suponer que la plaza está abierta, para todo el que se le ocurra asaltarla; y que no merece los honores de un sitio.

En realidad, la mujer que se rinde á un sitiador semejante, no merece el asalto.

El hombre que sigue á las mujeres debe la impunidad de que goza, con frecuencia, al miedo que las mujeres distinguidas tienen al escándalo, y á la poca esperanza que conservan de ser socorridas por los transeuntes imbéciles, á quienes la aventura divierte, y que no quieren meterse en un lio. Por eso las miran en el blanco de los ojos, con una sonrisita que merece una bofetada.

Sin duda, habreis notado, oh, lectores, esa manera de mirar á las mujeres, que han adoptado los hombres del día; esa mirada descaradísima, que se pasea sobre la mujer, recorriéndola de los piés á la cabeza; que desnuda, por decirlo así, á la desgraciada que la sufre.

¿Qué serán las hermanas, las madres, las esposas de esos hombres, para que se crean ellos con derecho á mirar de esa manera á toda mujer que pasa?

El gran ejército de los imbéciles, que sigue á las mujeres, se compone de muchos regimientos.

Los volteadores que revolotean al rededor de la plaza.

Los granaderos que la atacan de frente.

Los ingenieros, hábiles en las maniobras disfrazadas.

El tren de bagajes, que obra con preferencia en los coches de plaza.

Todos estos merodeadores, tienen distinto modo de proceder. Hay los perseguidores que siguen; y los perseguidores que se ponen delante; los perseguidores que siguen desde la acera contraria, y los que siguen al lado mismo de la víctima: hay, por fin los cruzadores que adoptan el movimiento de zig-zag.

El hombre que persigue á las mujeres, comienza el ataque por retaguardia.

Examina primeramente á la víctima, como podría hacer un espía de mérito; poco á poco se va acercando á ella, y arregla sus pasos con los de la perseguida.

La verdadera parisiense conoce perfectamente esos pasos! Desde que oye el ritmo, frunce el entrecejo, y dice:

— Vaya! Ya tengo un imbécil detrás de mí! Decididamente, las calles están muy mal barridas.

Apresura el paso.

El hombre se adelanta á ella, y se vuelve, rozándola un poco.

La mira descaradamente, y la dirige una sonrisa de aprobación: es el primer disparo.

La mujer resiste.

Durante algunos minutos, marchando siempre hácia adelante, y sin volver la cabeza, sigue con el rabillo del ojo, en los cristales de los escaparates, el reflejo de la caza que persigue.

¡Alto!

Detiéndose él delante de uno de los escaparates. Su mirada se oblicua hácia la derecha, como si quisiera atraer la presa que ambiciona.

La dama ha llegado.

Él se vuelve de nuevo, dibuja una segunda sonrisa, y arriesga un chiste, del gusto siguiente, poco mas ó menos:

—¡Es V. verdaderamente encantadora!

Ó bien:

—¡Tiene V. unos ojos preciosos!

A menos que no se atreva á decir:

—¡Nunca habia visto piernas tan hermosas!

A lo cual la mujer debe responder mentalmente:

—Bruto! ¿Crees tú que he esperado á que me lo dijese para saberlo?

La víctima que habia escogido el lado de la sombra, se decide á atravesar la calle y la caza continúa al sol.

No habiendo producido resultado alguno la marcha hácia adelante ni las contra-marchas, el hombre que persigue á las mujeres, ataca al enemigo de lado.

Codo con codo, sin mirar á la desgraciada, va rezando durante el camino, todas las banalidades de costumbre:

—¿Por qué va V. tan aprisa?

—¿Con que no quiere V. que hablemos?

—¿Aquel á quien V. ame, será el mas venturoso de los hombres!

—¿No hay medio alguno de verla á V. á solas?

—¿Donde se la puede encontrar?

La señora que no quiere ni por un momento aparentar que conoce á aquel hombre, apresura el paso sin responderle, váse á la sombra, vuelve de nuevo al sol, y acaba por entrar en una tienda.

Compra en ella diversos objetos, de los que no tiene ninguna necesidad, pide permiso para sentarse unos instantes, y por fin, se decide á seguir su camino.

El hombre que persigue á las mujeres, no se ha apartado de la puerta de la tienda.

Al salir ella, le ofrece llevarle los paquetes, tomar un coche para ella, etc., etc.

Se ha visto á alguno de estos animales, poner todo su *amor propio* (¡lástima de palabra!) en molestar de este modo á alguna desgraciada mujer, muchos dias seguidos.

El temor al escándalo, el miedo de proporcionar á un marido ó á un hermano alguna cuestion, detiene á las pobres mujeres víctimas de los insolentes que las persiguen, por lo cual estos abusan cobardemente de ello.

Añádase á todo esto, que no todo el mundo puede defender á una mujer, y que cierta clase de intervenciones serian mas comprometedoras que eficaces.

Conocemos á una señora á quien se molestó de esta manera durante dos horas.

Era por la noche.

Llegó ante la puerta de su casa y llamó.

La abrieron.

—Yo le suplico á V. señora, que no cierre la puerta, murmuró el perseguidor.

La puerta quedó abierta de par en par.

La señora subió, y el perseguidor detrás de ella.

Cuando llegaron al segundo piso, ella introdujo el llavin en la cerradura.

El hombre, contuvo la puerta y entró en la antesala, siempre detrás de la señora.

Sin volverse, sin pronunciar una sola palabra, la dama penetró en las habitaciones interiores.

—¡Magnífico! pensó el perseguidor; ¡se ha humanizado! ¡Soy feliz!

Atraviesa el comedor.

Llega á una sala.....

La dama se dirige á una cuarta puerta.....

Entra por ella, y.....

¡Y tambien la deja abierta!

¡Exactamente lo mismo que las otras!

—¡Por fin! exclama gozoso y deliciosamente esperanzado el hombre que sigue á las mujeres.

Entra, siempre siguiendo á la señora, en un precioso gabinete:

Y allí...

¡Allí se encuentra con un gigantesco comandante de caballería!

La señora le presenta, diciendo:

—Esposo mio, hace dos horas que este caballero me sigue á todas partes. Ha insistido en entrar en casa, y como no le conozco, calculo que es á tí á quien desea visitar. Os dejo solos. Ven á encontrarme cuando acabes, y que sea lo mas pronto posible!

Efectivamente, no duró mucho la entrevista.

El hombre perseguidor de las mujeres, fue cogido por el cuello.

El marido le hizo retroceder de espaldas, dándose golpes con los muebles y con las paredes, hasta llegar á la escalera.

Ya en ella, le dió una bofetada y un fuerte empujon.

Empujon que le hizo rodar de cabeza los escalones, sin detenerse hasta la casilla del portero!

¡Pobres mujeres!

¡Habeis intentado masculinizaros; habeis resuelto proclamar vuestra independenciam, salir solas, adoptar nuestras costumbres, cambiar, en fin, de destino!

¡Y hé aquí que en lugar de respeto, solo sabeis engendrar deseos, asqueroso apetito!

En cierto modo, la falta es vuestra.

Pero bien mirado, lo es mucho mas nuestra.

Porque, en fin, nosotros somos vuestros mayores, caros frag-

mentos de nuestras costillas, y como tales, no debemos permitir hacer ciertas cosas!

Nuestro deber consiste en respetaros, aun á pesar vuestro.

Esto es lo que harán siempre los hombres delicados; pero nada espereis del que se asemeje en algo al hombre que os persigue por la calle.

Este..... este es *la filoxera* de las mujeres!

FIN DE ¡ESCÁNDALOS DE PARIS!

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE.

LA MUJER DE HIELO.

	PÁG.
PARTE PRIMERA.	5
PARTE SEGUNDA.	53
PARTE TERCERA.	109

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

	PAG.
<i>Los cortadores de cabezas.</i>	163
<i>Una escapatoria.</i>	172
<i>La secadora.</i>	182
<i>La leyenda del lancero Griespach.</i>	194
<i>El día de la Embellecedora.</i>	201
<i>La mujer-reclamo.</i>	212
<i>El perseguidor de mujeres.</i>	226

